

*Vida*

## *Internacional*

### DESPUES DE LA REUNION EN VIENA

Primero Kennedy y, días después, Khrushchev, ambos a través de la televisión, explicaron a sus respectivos pueblos de qué habían tratado en su reunión de Viena a comienzos de Junio.

A pesar de que el comunicado conjunto emitido después de dicha reunión era muy breve y poco explícito, ninguno de los dos gobernantes hizo propiamente revelaciones al dar cuenta de lo tratado. Es posible, sí, que algún punto se haya mantenido en reserva y se publique oportunamente, como podría ser una invitación, sin fecha fija, de Khrushchev a Kennedy para hacer ese viaje a Rusia que Eisenhower no pudo realizar. Pero no parece que la reaproximación haya llegado al punto en que quedó después de las famosas conversaciones en Camp David, hace casi dos años.

Es el informe que rindió a sus conciudadanos, el Presidente Kennedy, según parece, sintetizó muy bien sus conversaciones con el Primer Ministro ruso: "El señor Khrushchev y yo —dijo— tuvimos un amplio y franco intercambio de puntos de vista sobre las más importantes cuestiones que ahora dividen a nuestros dos países... No hubo descortesías, salidas de tono, amenazas o ultimátums por ningún lado. No hubo ventaja o concesión que fuese ganada u otorgada. Tampoco se proyectó o tomó decisión alguna de importancia. Ningún progreso espectacular se llevó a cabo ni se pretendió".

#### ¿Para qué se realizó la reunión?

Los principales periodistas norteamericanos y los corresponsales de los grandes diarios europeos estaban en lo cierto al suponer que se trataba, ante todo, de un encuentro en que ambos jefes de Estado, que no se conocían, se iban a medir uno al otro, personalmente, y a definir las posiciones de sus respectivos países. Así ambos sabrían bien a qué atenerse.

Uno de esos periodistas señalaba, precisamente, que no debía mirarse como trámite innecesario o hasta contraproducente, una confrontación franca y neta de las posiciones de la URSS. y de Estados Unidos en este momento. No sólo las dos superpotencias sino todo el mundo tienen interés en saber hasta qué punto puede cada una de aquéllas tirar de la cuerda sin que la precaria paz de la guerra fría se rompa. El mismo periodista señalaba que si Francia e Inglaterra hubiesen indicado con claridad y firmeza a Hitler hasta dónde podía llegar sin producir un "casus belli", la Segunda Guerra Mundial

se habría podido evitar. ¿Por qué desaprovechar esa trágica, aunque especulativa, experiencia para impedir que el conflicto ruso-norteamericano desemboque no en el mismo final sino en uno que sería incomparablemente más catastrófico?

Es evidente, en todo caso, que Viena no fue un Munich, ni siquiera en miniatura, para ninguna de las dos partes. En Estados Unidos, la prensa republicana creía, o daba a entender, que el joven e "inexperimentado" Kennedy corría el riesgo de ser envuelto por el viejo zorro de Khrushchev.

K. S. Karol, un periodista polaco exilado en Francia y que conoce bastante a los rusos, ha notado en "L'Express" que le llamó la atención la desenvoltura o aplomo de Khrushchev, mayor que en reuniones anteriores, en contraste con la apenas disimulada nerviosidad de Kennedy. Ya en el palacio Chaillot, en París, el mismo periodista había notado que el presidente norteamericano crispaba nerviosamente su mano dentro del bolsillo de su chaqueta. Es perfectamente posible que ese gesto u otros semejantes, en un hombre que se ha mostrado tan dueño de sí mismo como Kennedy, no se hayan debido a los nervios sino a la entonces secreta dolencia a la espalda que aquejaba al gobernante de Estados Unidos.

El caso es que no hubo ventajas ni concesiones y que sólo en un punto concreto ambas partes concordaron; en las otras, como habría dicho Mr. Adolf Berle, estuvieron "de acuerdo en discordar".

El único acuerdo se produjo —teóricamente, al menos— en uno de los puntos donde la fricción soviético-norteamericana es más peligrosa: en Laos. Ambas partes declararon que convenían en la necesidad de que el pequeño y dividido reino del Asia sudoriental fuese efectivamente neutralizado, acuerdo que no impidió que días después la conferencia de Ginebra sobre Laos fuese suspendida.

En cambio, sobre el problema de Berlín, mucho más grave aunque menos inmediato, el desacuerdo fue neto. Khrushchev lo hizo presente en su discurso del día 15. Por su parte, Kennedy había dicho "Nuestras más sombrías conversaciones fueron a propósito de Alemania y Berlín. Le hice ver claramente al señor Khrushchev que la seguridad de Europa Occidental y, en consecuencia, nuestra propia seguridad, están profundamente ligadas a nuestra presencia y a nuestros derechos de acceso a Berlín Occidental, que esos derechos están basados en la ley y no en la tolerancia y que estamos resueltos a mantener esos derechos cualquiera que sea el riesgo... No buscamos el cambio de la situación actual. Un tratado de paz obligatorio con Alemania es algo que concierne a todos los países que estuvieron en guerra con Alemania, y nosotros y nuestros aliados no podemos desconocer nuestras obligaciones con respecto al pueblo de Berlín Occidental".

Tales palabras revelan una posición sin equívocos y tampoco los hay en la advertencia de Khrushchev, días después, en el sentido de que está dispuesto a firmar un tratado de paz por separado con Alemania Oriental, si los países occidentales rechazan su proyecto de tratado conjunto. Esto significa que el control de las vías de acceso a Berlín desde la Alemania del Oeste pasará a las autoridades de la Alemania comunista, las que, por su lado, han anunciado su intención de oponerse al tránsito hacia la aislada ciudad.

Y como Kennedy ha reiterado la decisión norteamericana de hacer respetar sus derechos de acceso, y Khrushchev, la rusa de respaldar con las armas a sus aliados alemanes si son atacados "por tierra, aire o mar", las perspectivas no son muy alentadoras. El hecho de que los soviéticos hayan dejado pendiente su amenaza de firmar un tratado de paz por separado con Alemania Oriental, desde hace más de dos años, puede significar tanto que una decisión puede seguir dilatándose como que ya es imposible postergarla más. La primera alternativa aparece, sin embargo, como la más probable, pues resulta increíble que, ante una firme actitud de Washington, Khrushchev se coloque en la disyuntiva de desencadenar la guerra o sufrir una vergonzosa derrota diplomática.

Pero en los meses que faltan para que Khrushchev ponga en obra su amenaza pueden ocurrir muchas cosas. Aunque, como es ya casi una tradición, los ingleses se muestren dispuestos a la negociación y servir de intermediarios, nada indica que De Gaulle y Adenauer (o quienes pudieran presumiblemente reemplazarlos) estén dispuestos a abandonar su política de no ceder una pulgara en Berlín. Lo más sorprendente es el discurso del jefe de la mayoría demócrata del Senado, Mike Mansfield, el día 15, en el que abogó por una solución del problema de Berlín básicamente igual a la propuesta por los rusos, esto es, que Berlín sea convertido en una Ciudad Libre, unificada y bajo control internacional.

Aunque Mansfield ha declarado expresa y reiteradamente que su proposición es a título personal y no tiene nada que ver con la política o los planes del gobierno, los republicanos no han perdido, naturalmente, la oportunidad de acusar que se trata de un "globo de ensayo". No es imposible que lo sea, a pesar de todos los desmentidos, pero no parece que la opinión pública norteamericana —o lo que se tiene por tal— esté preparada para un viraje de tal envergadura, a corto plazo al menos. Lo extraordinario es que personaje tan altamente colocado se haya atrevido días después de las terminantes declaraciones de Kennedy, a hacer semejante proposición. Hay que convenir en que resulta, por lo menos, intrigante. En todo caso, la sorprendente proposición del senador Mansfield de

convertir a Berlín en una Ciudad Libre bajo control internacional no tiene que ver, directamente al menos, con los resultados de la reunión de Viena.

### El desarme

En ésta, Kennedy y Khrushchev confrontaron las posiciones de sus respectivos países y las hallaron, como había que esperarlo, diametralmente opuestas tanto en la cuestión de Berlín como en otra igualmente importante, o más aún, pero no tan expuesta a una crisis aguda. Después de años y años de negociaciones, mientras los stocks de bombas H siguen creciendo y fabricándose más y más cohetes intercontinentales, el problema del desarme se ha convertido en crónico. En su discurso sobre la reunión de Viena dijo Khrushchev que "se ha hecho más maduro, o excesivamente maduro y pide con insistencia una solución".

El problema podrá estar todo lo maduro que se quiera, tanto por los horribles peligros que abre la continuación de la carrera armamentista, como por las inmensas posibilidades que ofrece el empleo, para fines pacíficos de cooperación internacional, parte siquiera de las sumas siderales que se gastan en el esfuerzo bélico. Pero, en el hecho, no se divisa aún la más ínfima posibilidad de un acuerdo inicial para solucionar ese problema y, tal como se suponía y los dos participantes lo han confirmado, tampoco se adelantó nada en ese sentido durante las conversaciones de Viena.

El gran problema sigue siendo el de control del desarme y las dificultades pueden medirse por el hecho de que ni siquiera en el control de la prohibición de las pruebas nucleares han podido ponerse de acuerdo rusos y norteamericanos. Más de dos años y medio llevan en Ginebra los delegados de los dos países tratando —según dicen— de ponerse de acuerdo en esa materia y, al cabo de unas 320 reuniones están prácticamente como en el primer día. En el hecho, los experimentos nucleares han quedado suspendidos aunque los norteamericanos dicen que sus adversarios han estado llevando a cabo explosiones subterráneas clandestinamente, pero cualquier día uno u otro de los dos países podría reanudar las pruebas y, en seguida y de inmediato la carrera continuaría. Entre tanto, es Francia la que por su cuenta ensaya bombas A en el Sahara. En esta materia tampoco hubo en Viena algún progreso.

Los periodistas occidentales notaron con sorpresa en la capital austriaca que mientras ellos eran tanto o más numerosos que de costumbre en tales reuniones, sus colegas soviéticos habían concurrido en número inusualmente bajo, y los más destacados periodistas rusos se hallaban ausentes. Esto fue considerado un índice de que Moscú no atribuía a la conferencia la importancia que se le concedía en Estados Unidos.

Para ambos países constituía la reunión no sólo la oportunidad de confrontar posiciones sino la manera de reanudar los contactos directos rotos en París hace poco más de un año, después del desgraciado "incidente" del U-2. Pero como entre tanto había ocurrido en Estados Unidos más que un simple cambio de gobierno, un cambio de política, el nuevo dirigente necesitaba sondear la de su adversario para dirigir la suya.

A juzgar por sus propias declaraciones, Kennedy se encontró con un Khrushchev que no quiere la guerra o, por lo menos, un conflicto general, porque está seguro de que el comunismo va a llegar a dominar el mundo llevado por la corriente de la historia.

"En general, el señor Khrushchev no habló en términos de guerra —advirtió el presidente norteamericano a su pueblo.— Cree que las cosas le favorecerán sin necesidad de recurrir a la fuerza. Sobre todo, predijo el triunfo del comunismo en los países nuevos y subdesarrollados. Se mostró seguro de que la marea los empuja y de que la revolución de los pueblos que surgen será una revolución comunista y que las llamadas guerras de liberación, apoyadas por el Kremlin reemplazarían los viejos métodos de agresión directa".

Esta posición aparece reforzando la política de Kennedy, partidario de que Estados Unidos no se alinee, como hasta ahora, con las fuerzas conservadoras, sino encabece la revolución mundial de los pueblos nuevos y subdesarrollados que buscan su libertad y mejores formas de vida.

Por su lado, Khrushchev habría advertido a su interlocutor norteamericano: "Nosotros no exportamos las revoluciones. Ellas se producen solas. Mas no ensayen ustedes ahogarlas por la fuerza, porque nosotros no les permitiremos exportar contrarrevoluciones". No parece, después de la aventura cubana, que, por lo menos en América Latina, Estados Unidos esté dispuesto a exportar contrarrevoluciones. Pero, si ante países en circunstancias como las latinoamericanas no se es suficiente y oportunamente revolucionario, se encontrará de hecho convertido en contrarrevolucionario.

Resultaría de todo esto que sus conversaciones en Viena no le depararon sorpresas a Kennedy sino, más bien, una confirmación general de sus ideas sobre la política soviética y la amenaza mundial del comunismo. Algunos periodistas europeos creen que el presidente norteamericano se volvió a su país, sin embargo, con una excesiva desconfianza de la sinceridad de los propósitos de Khrushchev de negociar, a fin de no precipitar una crisis en problemas como el de Berlín.

Menos se sabe acerca de cómo regresó Khrushchev a su capital para agasajar al Presidente Sukarno de Indonesia. Los periodistas observaron que, desde la puerta de la embajada rusa, quedo mirando, pensativo, el automóvil en que se alejaba Kennedy. Este no había podido convencerlo, a lo que parece, de que él no era un sirviente de los capitalistas de Wall Street, los cuales, casi en su totalidad, habían votado por Nixon. A fin de cuentas, ¿No es Mr. Joseph Kennedy uno de esos capitalistas? La prensa soviética publicó las fotografías de los dos gobernantes reunidos en Viena con la leyenda de "Khrushchev, obrero, hijo de obrero, Presidente del Consejo del mayor país socialista del mundo. Kennedy, millonario, hijo de millonario, Presidente del mayor país capitalista del mundo".

Queda por verse cómo explotará Kennedy ante el Congreso (que debe despachar su proyecto de "ayuda al exterior") y ante la opinión pública norteamericana, la imagen de Khrushchev y la política soviética que está proyectando sobre la base de su experiencia de Viena. Ese era uno de los objetivos que ha debido de tener en vista al promover la reunión. Como nadie esperaba que volviera con las orejas (o, si se quiere, con el cuero cabelludo) de Khrushchev y muchos temían que perdiera las suyas, el viaje de Kennedy ha servido para afianzar su prestigio en Estados Unidos. Tanto en París como en Londres, el nuevo Presidente norteamericano y, naturalmente, su linda esposa, produjeron excelente impresión y el solo hecho de ver a "Jack y Jackie" agasajados y honrados en lugares tan prestigiosos como Versailles, Schoenbrunn y Buckingham, ha contribuido, evidentemente —y no sin razón— a que los norteamericanos se sientan orgullosos de su mandatario.

No podría decirse, en suma, que la reunión de Viena haya dejado un saldo negativo para Estados Unidos y el mundo occidental. Y, alentadoramente, tampoco lo ha dejado para los rusos.

**ALEJANDRO MAGNET**